

ADOLFO BIOY

Por el Académico DR. EZEQUIEL GALLO

En su discurso de incorporación a la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales (1956) Adolfo Bioy expuso con nitidez los principios generales que habían regido la política internacional argentina:

“La opinión del país fue siempre devota de la libertad y decididamente adversa a todas sus trabas: la dictadura en el orden interno, el imperialismo en el internacional. De manera que en un conflicto internacional de carácter mundial en el que se percibe la contraposición de aquellos principios, nuestra posición está señalada de antemano. No debemos con vacilaciones, dejar de tomar en forma clara e indubitable nuestra posición. No debemos olvidar que no se engaña a nadie con medias verdades, ni que la grandeza se expresa necesariamente con disidencias”¹.

La claridad en los principios generales permite ubicar con fluidez los problemas específicos. Con referencia al más largo y penoso de los conflictos internacionales en que se vio —y se ve— envuelta la Argentina, Bioy se expresaba con la misma claridad conceptual:

“Solamente un asunto de importancia está pendiente... con una gran nación europea, con la que mantenemos vínculos de amistad y comercio más que

¹ ADOLFO BIOY, *Algunos aspectos de la política internacional*, Anales de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires, 2ª época, año I, vol. I.

seculares... Fue la primera nación de Europa que reconoció la independencia argentina; con ella celebramos nuestro primer tratado internacional, en 1825, ... aún vigente a pesar de sus ciento veinticinco años. Es, además, ese país la cuna de las libertades del individuo ... el país en que se dijo que el hogar de un inglés puede ser azotado por el viento y la lluvia pero no puede traspasar su puerta el rey de Inglaterra... Es, en efecto, con el Reino Unido de Gran Bretaña con quien tenemos pendiente la cuestión de las Islas Malvinas, que aquél viene poseyendo de hecho desde hace más de un siglo malgrado nuestras reiteradas propuestas. Se solucionará un día, y, necesariamente, ha de ser de acuerdo a nuestro indiscutible derecho. Deberemos entablar negociaciones directas con Gran Bretaña, sin mediación de terceras naciones que no han de verse complicadas desinteresadamente en un pleito tan singular ni habremos nosotros de necesitar el apoyo de patrocinantes extraños para establecer la claridad de nuestro derecho”².

La vida pública de Adolfo Bioy estuvo estrechamente vinculada al campo de las relaciones internacionales. Ingresó en 1911 al Ministerio de Relaciones Exteriores para culminar su carrera siendo Ministro en 1931-2. Fue, también, representante letrado de la provincia de Buenos Aires ante la Suprema Corte de Justicia y Ministro interino de Justicia e Instrucción Pública. La destacada actividad pública y privada de Bioy fue la consecuencia natural de su vocación intelectual que lo llevó de joven a realizar estudios superiores en Alemania y Francia y que culminó con su incorporación a las Academias Nacionales de Ciencias Morales y Políticas (de la cual fue Presidente) y de Derecho y Ciencias Sociales. Una de sus contribuciones más fértiles y duraderas fue la creación del Instituto Universitario de París en Buenos Aires, que durante unos cuarenta años posibilitó la presencia en la Argentina de los más destacados representantes de la vida intelectual y académica francesa³.

² *Ibidem.*

³ Adolfo Bioy dejó un borrador inconcluso que debía servir de base a su tercer tomo de memorias. En este borrador se encuentra una muy inte-

La inquietud por incorporar lo mejor a la cultura local provenía de virtudes privadas forjadas en aquella Argentina abierta y progresista que lo vio nacer. Adolfo Bioy era un criollo de espíritu cosmopolita, un firme creyente en la riqueza implícita en la conjunción entre la tradición intelectual europea y la generosa amplitud de la llanura americana. Sus magníficos libros de recuerdos y memorias (*Antes del Novecientos y Años de Mocedad*) despliegan esa cualidad, hoy en desafortunado repliegue, en más de una ocasión ⁴. Tanto su incomparable descripción de la ruda campaña ganadera bonaerense, de Pardo y alrededores, como sus observaciones sobre la vida más sofisticada de los principales centros europeos, están impregnadas de un espíritu que le permitía rechazar benevolentemente la pomposidad de los personajes más encumbrados y apreciar las virtudes y habilidades de gente sencilla y anónima. Esta feliz disposición sólo es posible cuando lo primero que se reconoce son las limitaciones propias:

“Yo fui bastante mal estudiante de química y de física. Decía yo que no me interesaban los fenómenos que de ellas se derivaban, alardeaba de confundirlos, afectando una suficiencia que yo mismo me atribuía en otras materias. Después la vida me ha enseñado que hombres que se creen sabios en determinadas ciencias... y desdennan otras manifestaciones del entendimiento humano son, por lo general, unos redomados ignorantes” ⁵.

Esta cualidad se apuntala aun más cuando se descubren virtudes y habilidades ponderables en contextos sorpresivos: “No he visto en toda mi vida caligrafía más hermosa que en esas dos firmas y es el hecho que don Pascasio era analfabeto; él mismo decía con algún orgullo: no sé leer ni escribir pero sé pintar mi firma como *naiades*” ⁶. No hay buenas memorias sin dosis de buen humor. Los libros de Bioy están plagados de anécdotas

resante descripción de la fundación y actividades del Instituto Universitario de París. Agradezco a Adolfo Bioy Casares que me haya permitido consultar este trabajo de su padre, tan lleno de sugerencias interesantes.

⁴ *Antes del Novecientos (Recuerdos)*, Buenos Aires, 1938; *Años de Mocedad (Recuerdos)*, Buenos Aires, 1963.

⁵ *Antes del Novecientos*, p. 280.

⁶ *Ibidem*, p. 16.

que además de divertidas revelan intuiciones ilustrativas acerca de la naturaleza humana. Resulta difícil resistir la tentación de no relatar por lo menos una de ellas:

“En estos últimos casos [uniones irregulares] era siempre mi madre la que los obligaba a cumplir la unión sagrada. Recuerdo a Florencio Almada, que se casó, evidentemente desganado, con Cayetana, que no podía disimular su júbilo. Cuando el sacerdote preguntó: «Florencio, ¿quieres por esposa y mujer a Cayetana Rodríguez?», Florencio contestó: «Algo»”⁷.

Las memorias de Bioy reflejan un adecuado equilibrio entre la esfera privada y la pública. La vida política no invade innecesariamente otros ámbitos igualmente valiosos. Este equilibrio permite que las interesantes observaciones políticas fluyan natural y no solemnemente de la pluma del autor. Ejemplos de esto son sus agudas observaciones sobre las consecuencias de la primera guerra mundial y sobre el profundo impacto de las muertes de Pellegrini, Mitre y Quintana sobre la evolución política local. El mismo talento evocativo aparece en los esbozos de varios caudillos rurales, como el que dedica a don Máximo Gómez, el “Señor de Tapalqué” (“Me recibió don Máximo con esa encantadora afabilidad que daba al interlocutor la sensación de ser el predilecto”)⁸.

Los libros de recuerdos de Bioy reflejan con nitidez una personalidad forjada en la adhesión a principios y valores generales que se vierten con un espíritu de generosidad y tolerancia. Una combinación feliz, aunque lamentablemente escasa en los tiempos que corren, que explica la fertilidad de la vida pública de quien honró la Presidencia de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

⁷ *Ibidem*, p. 55.

⁸ *Años de Mocedad*, p. 196-7, 255 ss.